
MILITARES EN AMERICA LATINA

Dos Modelos – Numerosos Problemas*.

Congreso Norteamericano sobre América Latina (NACLA).

La subversión es el resultado de la agitación marxista-leninista a nivel internacional, la cual deberá combatirse mediante las armas y exterminarse con una violenta represión.¹

(Un Comandante del Ejército chileno)

El terrorismo también puede ser sinónimo de capitalismo.²

(Un Comandante de la Guardia Nacional Panameña.

América Latina se caracteriza hoy en día por dos tendencias fundamentales: el control de los movimientos de oposición popular y el desarrollo económico. Dichas tendencias se reflejan en los pronunciamientos arriba mencionados, los cuales se dieron a conocer durante la XI Conferencia Interamericana de Estados Mayores que se llevó a cabo en Uruguay, en el mes de octubre de 1975. La postura prevalente presentada por comandantes brasileños, chilenos y uruguayos se basa en la necesidad de ejercer una fuerte represión así como de institucionalizar la regla del terror con miras a "proteger al hemisferio de la conspiración comunista internacional". Este sistema sigue cobrando numerosas vidas humanas y ha suscitado fuertes denuncias por parte de organismos internacionales, incluyendo las Naciones Unidas, en vista de la sistemática violación de los derechos humanos.

Por otra parte, los comandantes de Perú, Ecuador, Panamá y Venezuela impugnan con vehemencia la violencia por parte de la derecha y de las grandes empresas multinacionales, las cuales se inmiscuyen

en los asuntos internos de América Latina. Los problemas sociales, al igual que el subdesarrollo, son la causa, según ellos, de los movimientos de oposición, y hacen un llamado abierto destinado a poner coto a la agresión económica ejercida por los Estados Unidos en contra de los países menos favorecidos del hemisferio.

Estos dos tipos de régimen militar están ocasionando actualmente serios problemas a la estrategia norteamericana, en la medida en que ésta se ha considerado desde el final de los años sesenta como la única fuerza segura, capaz de preservar la estabilidad en América Latina. Esta estrategia está destinada a garantizar el continuo usufructo de las inversiones norteamericanas, abastecimiento ininterrumpido de materias primas, mano de obra barata, así como el acceso a las bases militares y a los mercados, siendo todos estos aspectos necesarios para la supervivencia del sistema imperialista norteamericano. A medida que la solución de tipo reformista de la Alianza para el Progreso se revelaba inoperante, demostrando la incapacidad de los regímenes liberales burgueses para controlar las fuerzas revolucionarias y populares, los regímenes militares apoyados por los Estados Unidos emprendieron la ofensiva, llevando a cabo golpes de Estado de tipo "preventivo" con el fin de prevenir el desliz hacia el nacionalismo o el socialismo.

* Reproducido de NACLA'S Latin America and Empire Report, Vol X, No. 1, Enero de 1976. El trabajo es original de Nancy Stein y se titula: "U.S. Training Programs for Foreign Military Personnel. The Pentagon's Protégés". Aquí sólo se reproducen la primera parte y la conclusión del trabajo.

Los Estados Unidos, deseosos de asegurar el éxito de esta estrategia político-militar, han invertido en América Latina millones de dólares para asistencia militar en equipos, asesoría y programas de formación. Los planificadores norteamericanos admitieron desde un principio el riesgo que existía de crear fuerzas militares indígenas: no se podría controlar su lealtad en cualquier situación. Vislumbrando eventuales conflictos el Sub Secretario de Estado Edwin Martin recalcó en 1963:

Teóricamente podríamos depositar en las manos de los latinoamericanos grandes cantidades de armamento así como de equipo de combate con el fin de suprimir la rebelión. . . Pero ¿en qué manos depositaremos dichas armas? . . . ¿Cómo asegurarnos que los opresores de los disturbios de hoy día no se convertirán en los sediciosos de mañana? ¿Qué tanto podrán hacer las armas y el control de la seguridad en una sociedad en permanente inestabilidad? ³

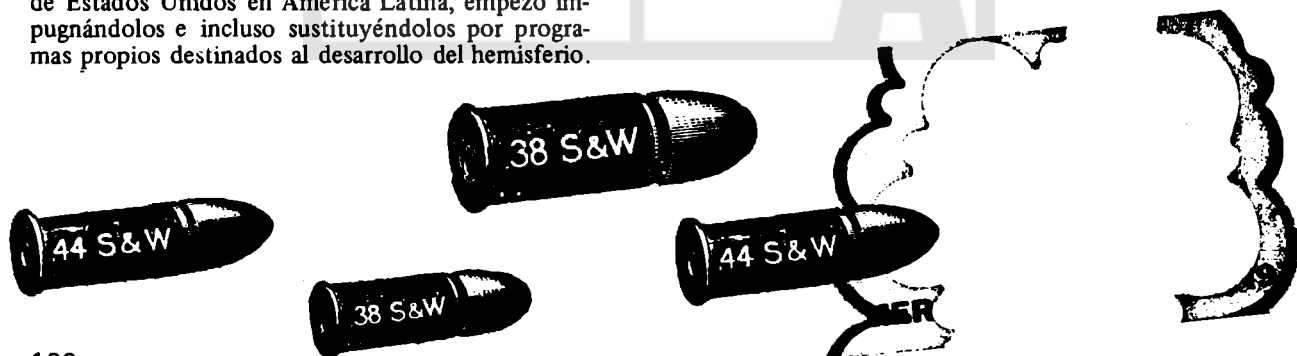
Se trataba sin embargo, de un riesgo que valía la pena correr tanto más cuanto que los aportes norteamericanos en programas de formación tienden a promover las relaciones a largo plazo entre el ejército de Estados Unidos y los de América Latina. La comisión Draper encargada por el Presidente Eisenhower de evaluar el programa de asistencia militar en 1959 determinó: "no existe un solo aspecto de la asistencia técnica militar cuyo aporte sea tan remunerador como este tipo de programas de formación".⁴ Se pretendía inculcarles a través de estas relaciones a los oficiales visitantes el "tipo de vida norteamericana", insertando en él el enfoque de Estados Unidos hacia el resto del mundo así como las prioridades y las políticas estadounidenses. Era ésta una buena póliza de seguro para el futuro, ya que numerosos altos funcionarios del ejército formados en los Estados Unidos estaban destinados a ocupar puestos claves en sus gobiernos y ejércitos.

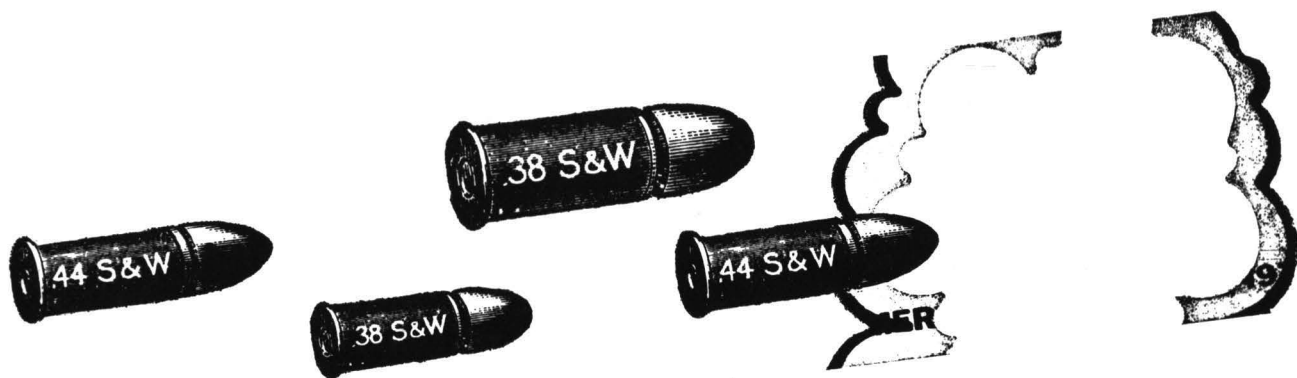
Sin embargo, el golpe de Estado en Perú, en 1968, llevó al poder un nuevo tipo de militares: se trata de una fuerza nacionalista, de mayor autonomía mental, la cual, lejos de apoyar los objetivos de Estados Unidos en América Latina, empezó impugnándolos e incluso sustituyéndolos por programas propios destinados al desarrollo del hemisferio.

Estos gobiernos militares han desempeñado un papel patente tendiente a poner en tela de juicio la influencia de Estados Unidos en el hemisferio: la creación de un sistema económico latinoamericano (SELA, Organización para el desarrollo que excluye a los Estados Unidos), el apoyo internacional a favor del pueblo panameño que reivindica el derecho de ejercer su propia soberanía sobre la Zona del Canal, el voto del Comité sobre Descolonización de las Naciones Unidas en base al cual se declara a Puerto Rico como colonia, las políticas destinadas a proteger los recursos naturales a través de las asociaciones de productores y, por fin, el levantamiento de las sanciones impuestas a Cuba por la OEA, facilitando de este modo la participación de Cuba como miembro de la comunidad Latinoamericana. (Un ejemplo claro de lo anterior fue el tributo rendido a Raúl Castro, Jefe del Ministerio de las Fuerzas Armadas cubanas, con ocasión del aniversario de la Independencia mexicana, en septiembre de 1975, en la ciudad de México).

Si bien América Latina se encuentra aún subyugada por gobiernos que ejercen una represión brutal, estrechamente ligada a la política de las empresas multinacionales, un número creciente de gobiernos nacionalistas, empeñados en frenar la ingerencia económica extranjera, en recuperar los recursos naturales y en adoptar una política extranjera más independiente con respecto a los Estados Unidos, está ejerciendo una fuerte influencia en la vida política del continente. Este fenómeno plantea serias preguntas sobre la eficacia de los programas de ayuda militar estadounidenses. De ahí, que una misión de estudio enviada por el Comité del Congreso sobre Asuntos Extranjeros, concluyó al visitar Perú a raíz del golpe de Estado de 1968, que:

"A pesar de la formación que los altos dirigentes militares peruanos han recibido en las Escuelas militares de Estados Unidos, a pesar de la influencia norteamericana en el pensamiento militar peruano así como de los vínculos de amistad existentes entre los miembros del ejército y el ejército estadounidense, la toma del poder en





Perú por parte de militares ha suscitado serios problemas en las relaciones entre ambos países. Esta situación plantea un acuciente problema acerca de cuál sea la incidencia de nuestra asistencia en programas de formación cuando se trata de fuertes sentimientos nacionalistas".⁵

Paralelamente, los Estados Unidos encaran otra serie de problemas distintos, producidos por los gobiernos de tipo represivo. El apoyo que Estados Unidos ha proporcionado a estos regímenes ha recibido un creciente ataque por parte del Congreso, que ha puesto fin a la formación estadounidense de las fuerzas policíacas del Tercer Mundo, la que se llevaba a cabo de conformidad con el Programa sobre Seguridad Pública, ha cerrado la Academia Policiaca y ha prohibido la ayuda militar a Chile el año pasado. Las críticas han venido también del seno de la comunidad internacional, la cual ha condenado las violaciones de los derechos humanos en Chile, Brasil, Guatemala, República Dominicana y otros países, aislando prácticamente a los Estados Unidos en su apoyo a este tipo de dictaduras derechistas. Cabe señalar como un hecho importante que ninguno de estos regímenes militares represivos están suficientemente arraigados como para consolidar una política socio-económica estable, ya que mantienen el orden y "ganan tiempo" mediante la destrucción de los derechos legales y humanos fundamentales. Si bien las organizaciones revolucionarias y democráticas populares han sido mermadas en países como Brasil, Uruguay, Bolivia y Chile, los cimientos de la resistencia a nivel de masas así como el espíritu de oposición no se han logrado erradicar. Además, a medida que la situación económica se empeore en estos países, las filas de la oposición popular se engrosarán, incluyendo incluso a antiguos defensores de los regímenes apoyados por Estados Unidos. Este proceso puede conducir, a una apertura para que los sectores más nacionalistas de la burguesía asuman un papel más preponderante en la determinación de las políticas gubernamentales, que a la larga pueden llevar a nuevos conflictos con los Estados Unidos.

Por último, para entender mejor las transformaciones realizadas hoy en día en América Latina, de-

ben insertarse en el contexto internacional actual, es decir: la derrota de la estrategia norteamericana en el Vietnam, la expansión del mundo socialista, la consolidación de los países no alineados, la tendencia a proteger y controlar los recursos naturales mediante organizaciones de productores tales como la OPEP; la victoria de los movimientos de independencia en Africa, los esfuerzos de tipo revolucionario en Portugal y demás movimientos de masa actualmente en auge en Europa Occidental. Estos sucesos demuestran que el imperialismo de Estados Unidos que encara simultáneamente una seria crisis económica y un debilitamiento de su política exterior debido a impugnaciones de carácter interno se encuentra actualmente en una actitud defensiva. Corroboran así mismo que la tendencia hacia un desarrollo nacional autónomo constituye un fenómeno a nivel mundial y que los países de América Latina forjan nuevos vínculos con el resto del mundo a través de organismos tales como la OPEP, las Naciones Unidas y las Organizaciones de Países no alineados.

Las soluciones por parte de los civiles para solventar los problemas de desigualdad y subdesarrollo en América Latina fracasaron en la década de los años 60; así mismo, las soluciones de tipo militar plasmadas en los años setenta encierran nuevas contradicciones, las cuales reducirán aún más la ingerencia de los Estados Unidos. Los Estados Unidos deberán ajustar sus políticas a los retos de los gobiernos militares nacionalistas, así como a la falta de viabilidad inherente a la solución militar represiva.

Militarismo y Estado, o los límites del Nacionalismo.

Uno de los aspectos más importantes para la investigación y el estudio se centra claramente en la relación entre el Ejército y el Estado en América Latina. Según H. Souza, un sociólogo brasileño radical, la ola de golpes de estado de los últimos diez años dista de las revueltas militares en períodos anteriores, a raíz de la rotunda transformación acaecida en la estructura del Estado.

El Ejército no se adjudicó el poder simplemente para "normalizar" y "apaciguar" la lucha de clases regresando luego a sus cuarteles. Hoy en día, las organizaciones militares toman el poder



con miras a construir un nuevo tipo de Estado e implantan un programa que lejos de revestir un cariz militar tiende a ser un programa político y económico. Llegan al poder imbuidos de un sentimiento de misión, ya sea para salvaguardar el papel de su país en el sistema capitalista internacional o bien para alterar dicho papel mediante proyectos nacionalistas.⁶

Souza, no obstante, sostiene que este tipo de proyectos nacionalistas (representados por el modelo peruano) tienen ante sí, en última instancia, una alternativa: o bien deben llevar a cabo "el proyecto hacia su solución lógica, afirmando su carácter nacionalista independientemente del sistema capitalista e integrándose en un nuevo sistema orientado hacia el socialismo; o bien el sistema los destruirá, haciéndoles perder las aspiraciones nacionales y convirtiéndose a su vez en el primer modelo (Brasil)".⁷ Estas situaciones se concretizan ya que las políticas desplegadas por países como Perú y Panamá siguen aún atadas al sistema capitalista internacional, en lo que respecta a sus relaciones económicas fundamentales. En dichos países los gobiernos no están intentando orientarse hacia el socialismo, sino a que el capitalismo responda mejor a las necesidades de los países en vías de desarrollo: ser independiente en el seno del sistema capitalista mundial sin dejar por ello de integrarse en él.

Los distintos gobiernos militares en América Latina se originan en cada país según configuraciones de clase específicas.* Fundamentalmente, como en Brasil, los esfuerzos tienden a preservar un status quo provechoso para la burguesía, y sus aliados extranjeros, las empresas multinacionales, mientras que las supuestas políticas de desarrollo abarcan exclusivamente a una pequeña minoría de la población. En Perú y Panamá, por otra parte, las políticas gubernamentales se han elevado en contra de la oligarquía terrateniente, aplicándose de manera más ambigua en lo que respecta a ciertos grandes inversionistas extranjeros, en particular respecto a las compañías petrolíferas y procesadoras de cobre. Cabe señalar así mismo los esfuerzos desplegados a fin de mejorar el nivel de vida de los distintos sectores de la población.

Si bien queda claro que incluso los regímenes "progresistas" defienden los principios básicos del sistema capitalista internacional, lo interesante aquí es señalar que Washington presupuso poder contar con las fuerzas armadas para salvaguardar el status quo y proteger todos los intereses norteamericanos sin excepción alguna. Durante años, la estrategia estadounidense se ha basado en la premisa según la cual el ejército aceptaría voluntariamente su papel de baluarte de la seguridad interna y defensor de las inversiones extranjeras. Dicha premisa es ahora letra

* Si bien nuestro enfoque se centra en el presente artículo en los gobiernos militares, no pretendemos diferenciar de manera tajante los gobiernos civiles y los militares. En efecto, ambos pueden perseguir la misma orientación política, según los intereses de clases que defiendan. Es más, en determinados casos un gobierno civil no es sino una fachada del régimen militar, tal como sucede hoy en día en el Uruguay.



muerta. El instrumento utilizado por el Pentágono para alcanzar tal objetivo se denominó Programa de Asistencia Militar, el cual a su vez contiene las semillas de algunos de los problemas que hoy enfrentan los Estados Unidos.

Estrategia norteamericana para el Ejército Latinoamericano.

El Programa de Asistencia Militar (MAP) cobró suma importancia en la estrategia estadounidense a raíz de la Segunda Guerra Mundial, ya que se pretendía frenar el comunismo y proteger los intereses de Estados Unidos en el mundo entero. Tal importancia se trasluce de una advertencia publicada por el Comité Draper en 1959: "El abandono del MAP debido a errores de ejecución o cualquier otro motivo, equivaldría a abandonar el Mundo Libre y a perder la Guerra Fría".⁸ Actualmente, en 1975, el MAP se oscurece cada vez más y está condenado a desaparecer dentro de dos años. Esta decisión constituye en parte, una reacción ante el sistema internacional en plena mutación, cuya piedra de toque ha sido el fin de la Guerra Fría; no significa, sin embargo, que los Estados Unidos pongan coto a sus programas de asistencia militar en pro de sus aliados y su ingerencia en los países amigos. Examinaremos más adelante las consecuencias que lleva consigo el fin del Programa MAP.

Desde 1952 hasta hoy en día, los Estados Unidos han proporcionado armamento, formación y asistencia financiera a los Gobiernos de América Latina con miras a ayudar a las fuerzas militares en sus tareas. De conformidad con el Mutual Security Act, promulgado en 1951, se asignaron fondos destinados a la consolidación de los ejércitos latinoamericanos en pro de la defensa del hemisferio. Cualquier país era elegible para tales fondos mediante ratificación de pactos bilaterales de defensa y asistencia mutua con los Estados Unidos. Como aporte al esfuerzo de defensa del hemisferio, los países beneficiadores del MAP se comprometían a proporcionar a los Estados Unidos minerales y demás materias primas importantes.

Los programas militares de los Estados Unidos se han basado en un análisis de los peligros que amenazan a América Latina así como de las necesidades de los Estados Unidos. Después de la Segunda Guerra Mundial, se afirmaba que América Latina se encontraba amenazada por una agresión externa procedente de la Unión Soviética, la cual tendría la intención de penetrar en el continente. De ahí que los supuestos objetivos del programa consistían en consolidar la defensa de la región ante un ataque externo, permitiendo al mismo tiempo a los Estados Unidos adquirir una posición dominante en el hemisferio a través de una asistencia armamentista y financiera destinada a las Fuerzas Armadas de América Latina. Según indicaciones procedentes de los documentos publicados por el Colegio de Guerra de Brasil, ya desde 1950 los Estados Unidos preveían que el ejército había de desempeñar un papel preponde-

rante en la lucha contra la subversión.⁹ Sin embargo, esta estrategia no fue adoptada sino hasta en 1961, al ascender John Kennedy a la presidencia, dos años después de la Revolución Cubana. En la medida en que la amenaza de la revolución armada y de “nuevas Cubas” se convirtió en la mayor preocupación para la planificación militar de los Estados Unidos en el Tercer Mundo, se fueron modificando los objetivos del MAP de manera afín. Como lo señala el Profesor Edward Lieuwen, “los cimientos de la ayuda militar a Latinoamérica transformóse repentinamente de una defensa del hemisferio, en una defensa de la seguridad interna, de la protección de las costas y del combate anti-submarino en una defensa interna contra la guerrilla comunista de Castro”.¹⁰ Los estratagemas del Pentágono empezaron a desarrollar diversos planes con programas de asistencia y entrenamiento a bajo costo y poca visibilidad con el fin de elevar la capacidad de las fuerzas locales en el combate contra los movimientos guerrilleros.

Los dirigentes políticos norteamericanos empezaron a aceptar la idea de que el desarrollo económico y social constituye un requisito previo necesario para estabilizar a América Latina y sofocar los movimientos de oposición. Esto se cristalizó en la Alianza para el Progreso, tendiente a instaurar condiciones adecuadas a un cierto tipo de expansión económica en pro de las grandes empresas multinacionales inversionistas en América Latina. La Alianza se elaboró con miras a suavizar las causas de la subversión —hambre, analfabetismo, desigualdad en la distribución de tierras— no para eliminarlas.

La estrategia de los Estados Unidos se percataba, sin embargo, de que ningún proceso de desarrollo verdadero podía llevarse a cabo en un clima de inestabilidad y rebelión. El derecho y el orden eran condiciones necesarias para el éxito de tal empresa, aunque el ejército tuviera que tomar el poder para salvaguardarlos.

La contrainsurrección constituía por consiguiente el revés de la medalla de la Alianza para el Progreso. Se le asignaba al ejército un papel tanto en el aspecto de desarrollo como en el de represión de esta estrategia: ante todo, descubriendo y destruyendo a las guerrillas, conjuntamente con las demás manifestaciones de oposición y disensión; llevando a cabo, en segundo lugar, los llamados programas de “Acción Cívica”.¹¹ Esta Acción Cívica tenía por objetivo el acercar el ejército al pueblo, en particular en las zonas rurales (donde se produjo la mayor parte de la insurrección a mediados de los años sesenta), mediante una participación en los programas de desarrollo (construcción de presas, centros de asistencia médica, carreteras), promo-

viendo así una imagen atractiva de las fuerzas armadas. El programa se combinaba con otras formas de combate a nivel psicológico, el cual cortejaba a la gente aislándola de las fuerzas opositoras e induciéndole a pensar que el ejército y, por consiguiente, el régimen en el poder, tomaba a pecho sus intereses. Los programas de formación auspiciados por los Estados Unidos han combinado siempre la instrucción en el marco de una acción cívica con medidas de tipo psicológico. El Decimotercer Batallón para la Guerra Psicológica publicó incluso al respecto, un pequeño manual titulado “Village Water Well Project”.

Durante mucho tiempo el público consideró al ejército como una traba para el desarrollo de la “democracia” en el hemisferio, mas los estrategas de los Estados Unidos se esforzaron por presentarlo como “la nueva y brillante esperanza para el progreso y la reforma” después de la Revolución Cubana, al mostrar los gobiernos civiles su incapacidad para controlar los movimientos guerrilleros. El ejército asumió inicialmente este papel político de carácter más amplio a través del programa de acción cívica. Si bien dicho programa se llevó a cabo en una escala menor e incluso careció de popularidad en el seno mismo del ejército, el fundamento del programa —el concepto del ejército como sinónimo de “edificadores de nación” y agentes del progreso económico— quedó vinculado a las funciones que actualmente han asumido las fuerzas militares en numerosos países. No se trata exclusivamente de ser instrumentos de un control represivo, sino también de promover el desarrollo económico de los distintos países.

La formación militar promovida por Estados Unidos han contribuido a acentuar la politización de las Fuerzas Armadas a través de un indoctrinamiento anti-comunista y haciendo hincapié en su papel de baluartes de la seguridad interna así como de la estabilidad económica. Según los analistas de la RAND:

El concepto subyacente al programa norteamericano del MAP determina que el profesionalismo contribuye a disminuir la participación política por parte del ejército, concentrando a éste en el manejo exclusivo de los asuntos militares. Ahora bien, en la medida en que el ejército se especialice o profesionalice en los focos de contra-insurrección, de planificación nacional y de planificación del desarrollo diversificado, su participación política aumentará en lugar de disminuir.¹²

A raíz de los programas de formación, el ejército anhela aún más el desempeñar un papel activo en la vida económica y política del país. Este “papel de expansión” constituye parte integrante de la partici-



CHILE: SE ABRIRÁN LAS GRANDES ALAMEDAS

pación cada vez más arraigada del ejército en el proceso de desarrollo. Cabe mencionar a este respecto, que numerosos dirigentes de los gobiernos actuales de tendencia progresista nacionalista, como Omar Torrijos en Panamá, iniciaron sus carreras luchando contra los movimientos guerrilleros y encarándose directamente con los problemas propios del pueblo.

Una nueva doctrina llamada “el nuevo ejército” fue elaborada por los científicos sociales norteamericanos de la “Guerra Fría” a principios de los años sesenta. Uno de los copatrocinadores, el Profesor Lucian Pye del M.I.T., escribía en 1961: “los ejércitos creados por la administración colonizadora así como por los países recientemente independizados, se encuentran de manera consistente entre las instituciones más modernizadas de la sociedad”.¹³ Justificaba el apoyo de Estados Unidos hacia los gobiernos militares sosteniendo que no se debería privar a los países en vías de desarrollo “de la capacidad de desarrollo inherente a las organizaciones militares

por el mero hecho de que el concepto básico del ejército en las sociedades avanzadas rehúsa la conveniencia de una ingerencia militar en los asuntos estrictamente civiles”.¹⁴ Esto es aún más exacto, afirmaba, para “aquellos países que encaran serios levantamientos o subversión . . . (donde) quizás sea necesario para el ejército tomar las riendas de los asuntos de índole civil y fungir incluso como la primera institución gubernamental en determinadas zonas”¹⁵ (El subrayado es nuestro).

Nelson Rockefeller recalcó en 1969 el argumento en base al cual el ejército puede desempeñar un papel positivo en el desarrollo de sus respectivos países, al calificarle como “el promotor esencial para un cambio social constructivo”.¹⁶ Esta es además una doctrina inculcada a los oficiales latinoamericanos en las escuelas de formación militar de los Estados Unidos, y por eso “el milagro brasileño” reviste una suma importancia para Norteamérica. Mediante el aporte de millones de dólares destinados a asisten-

cia e inversiones en el Brasil, los Estados Unidos esperaban crear un nuevo tipo de desarrollo capitalista en América Latina, dirigido por el ejército se entiende. Con el fin de suavizar esta transición de militares del ejército a militares del gobierno, los progresos de formación por parte de Estados Unidos tienden a incluir, cada vez más, cursos altamente elaborados sobre planificación tributaria, política de desarrollo, administración gubernamental y geopolítica. El objetivo ya sobrepasado de dichos programas tendía a inculcar y reforzar los valores defendidos por el Gobierno de Estados Unidos. Un estudio RAND, por ejemplo, reveló que "la activa oposición comunista y pro-norteamericana del Gobierno Branco de 1964 a 1967 en Brasil, se originaba o al menos se vinculaba con su formación estadounidense. La meta de la mayoría —si no de todos— los programas de formación auspiciados por los Estados Unidos consiste en fraguar tales actitudes".¹⁷

En 1969, Rockefeller hizo suya también la política de asistencia militar y policíaca masiva a favor de América Latina, con miras a evitar el surgimiento en otros países de la solución cubana. Afirmó incluso "que no se trataba tanto de un problema de democracia o de carencia de ésta, sino, simplemente, de la solución más apropiada para abrirse camino".¹⁸ A juicio de Rockefeller, Estados Unidos deberían dejar de lado "las desavenencias de tipo filosófico que pueden tener con determinados regímenes" y aportar un rotundo apoyo a los hombres fuertes del ala militar derechista que gobiernan actualmente la mayoría de los países latinoamericanos. El punto de vista de Rockefeller prestó un nuevo apoyo al programa MAP, que ya estaba sujeto a examen y críticas por parte del Congreso norteamericano.

De los Grupos Asesores en Asistencia Militar a los mercenarios.

El programa de asistencia en pro de la seguridad se encuentra en una encrucijada. Ante la terminación inminente del Programa de Asistencia Militar así como del desafío planteado por los educandos militares, que persiguen objetivos distintos a los que Estados Unidos pretendían imponer, el Pentágono está buscando nuevos mecanismos de control e influencia con miras a manejar nuevamente la palanca y a ejercer la hegemonía propios de su imposición sobre los ejércitos de América Latina durante los años 50 y 60.

Sería más oportuno que dichos mecanismos se situasen bajo la jurisdicción del Congreso, que en reiteradas ocasiones ha aplicado restricciones a los programas de seguridad, atando así las manos del Presidente mismo. El cierre en 1975 de la Acade-

mía Internacional de Policía no es sino un indicio de que el Congreso tomará las riendas. Cabe esperar, además, que la enmienda presentada por Abourezk y McGovern respecto a la Ley de ayuda para el extranjero, que faculta al Congreso para interrumpir la ayuda económica a aquellos países que violen sistemáticamente los derechos humanos, será anexada al proyecto de ley sobre asistencia militar actualmente sometido a estudio por parte del Congreso.^{**}

Se elabora actualmente un mecanismo tendiente a soslayar las restricciones por parte del Congreso, sustituyendo el personal militar de los Estados Unidos por técnicos y asesores civiles. La práctica que consistía en contratar a militares norteamericanos retirados para formar el personal militar extranjero dióse a conocer, por primera vez, en el mes de febrero de 1975, al revelar Peter Arnett de la Associated Press, que el Pentágono premiaba con un contrato, cuyo valor ascendía a 77 millones de dólares, a la Vinnell Corporation de Alhambra, California, para impartir programas de formación a la Guardia Nacional de Arabia Saudita.

Habiendo desencadenado el caso Vinnell una serie de reacciones así como otras revelaciones, el Pentágono se vió obligado a admitir lo que durante tiempo había sido simple conjetura: que la administración Nixon-Ford había transferido numerosas misiones de defensa de ultramar asignadas a las Fuerzas Armadas regulares a empresas estadounidenses de menor envergadura. Este proceso se inició en el Vietnam, donde los Estados Unidos desembarcaron a contratistas civiles para proseguir el esfuerzo de guerra una vez expulsadas sus tropas de conformidad con los Acuerdos de Paz de París. En un momento determinado, más de siete mil quinientos civiles norteamericanos, la mayoría de éstos retirados

^{**} De conformidad con la presente enmienda, si las Naciones Unidas se pronuncian sobre una violación de los derechos humanos, el Congreso estará facultado para interrumpir automáticamente su asistencia económica. El Presidente podrá asignar fondos en caso de emergencia, siempre y cuando garantice que dichos fondos se destinarán realmente a los necesitados. Como parte del enfrentamiento que actualmente se está llevando a cabo entre el Congreso y el Ejecutivo, la Administración Ford ha rehusado acatar una enmienda presentada por el Congreso en la cual se determinan los países actualmente beneficiadores de asistencia militar y que han perpetrado "graves violaciones" a los derechos humanos. Según el New York Times (del 19 de noviembre de 1975), un informe secreto del Departamento de Estado esclarece que, dado que el número de países violadores de los derechos humanos es tan elevado en el mundo, no existen "medios objetivos apropiados" para discernir cuáles han alcanzado un grado de violación más grave.

del Ejército, estuvieron involucrados en esta oscura guerra. Así mismo, sirviéndose de técnicos civiles, el gobierno de Estados Unidos ha podido eludir la prohibición por parte del Congreso en lo que a asistencia militar a Chile se refiere, que ponía coto a la formación oficial de los chilenos.

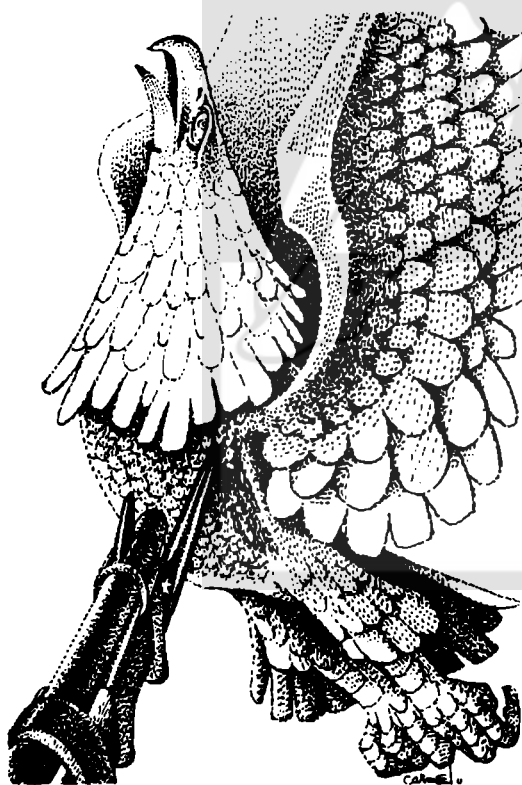
Como resultado del sustancial aumento en ventas armamentistas, en particular de aviones y misiles altamente tecnificados, los nuevos acuerdos suscritos con el país cliente le exigen al productor impartir cursos de formación, mantenimiento y demás servicios "en el país", conjuntamente con la venta del artículo. Northrop, por ejemplo, tiene varios centenares de empleados en Brasil, Chile, Jordania, Irán, Arabia Saudita, Taiwan y Malasia, que asisten al personal de la Fuerza Armada en dichos países en el manejo de los F-5E, "cazas internacionales". Según las estadísticas recientemente publicadas por el Pentágono, el personal docente de los Estados Unidos estacionado en 34 países para asistencia técnica, relacionada con el Programa de Venta Militar para el Extranjero, asciende a 7.700. Grumman desplegará

por lo menos a 2000 ingenieros en Irán con miras a respaldar la superioridad aérea de los ochenta cazas F-14 "Tomcat", adquiridos por el Shah, cuyo valor se estima en 1.9 mil millones de dólares. Dado que este tipo de avión requiere por lo menos veinte horas de permanencia en tierra por cada hora de vuelo, el equipo Grumman desempeñará sin duda alguna un papel de peso en cualquier conflicto venidero que involucre a la fuerza aérea iraní.

Si bien Vinnell trabaja esencialmente como subcontratista ante el Departamento de Defensa, otras firmas relacionadas con la defensa trabajan directamente con el gobierno iraní, pudiendo así eludir en gran parte el control impuesto por el Congreso en relación con los contratos suscritos por el Pentágono. Es de suponer que el equipo Vinnell se retirará de Arabia Saudita después de un lapso determinado, más numerosos programas de mantenimiento y apoyo instaurarán una presencia de Estados Unidos permanente en el seno de numerosos ejércitos del Tercer Mundo.

El creciente desarrollo de estos "mercenarios con cuello blanco" en el Tercer Mundo realiza una meta importante del Pentágono, a saber, la dependencia de los ejércitos extranjeros respecto a los Estados Unidos. La venta de un armamento elaborado exige la presencia de técnicos, piezas, servicio de mantenimiento y demás, los cuales solamente se pueden obtener con el mismo vendedor inicial. Este es un hecho que surge de manera patente en los recientes comunicados de prensa relativos al contrato por varios millones de dólares de la Rockwell International, destinado a crear un sistema de inteligencia electrónica ultramoderno para Irán. De conformidad con el acuerdo suscrito con el Shah, la Rockwell reclutará a antiguos funcionarios de la supersecreta Agencia Nacional de Inteligencia para el manejo de dichas instalaciones en Irán. Es de esperar que la sustitución de todos estos criptógrafos, criptoanalistas, programadores de cómputos e ingenieros electrónicos tan especializados por personal iraní será difícil en un futuro cercano, por no decir imposible.

Este tipo de dependencia crea un estrecho vínculo entre la transferencia armamentista y la ingerencia política. Un acuerdo en materia de armamento tiende, en efecto, a ligar desde el punto de vista político al país beneficiario con respecto al país donante a lo largo de la duración del producto (de 15 a 25 años para la mayoría de los aviones). Oficiales de la Fuerza Aérea estadounidense lo confirmaron en unas entrevistas: "Al efectuarse la compra de un avión —William D. Perreault, Vicepresidente de Lockheed admitió— se adquiere paralelamente un proveedor y una línea de abastecimiento, en otros términos, usted adquiere un socio político".



Dada la complejidad de los aviones modernos, basta con una pequeña pieza para que el avión se averíe y deba permanecer en tierra y, en la medida en que Washington rehuse proporcionar la sustitución de dicha pieza, "todo se acabó": se echó a perder el avión.

Si bien estos contratos se suscribieron en primer lugar con los emiratos productores de petróleo del Golfo Pérsico, los técnicos estadounidenses penetran a pasos agigantados en otros países, incluyendo América Latina, mediante un auge en la venta armamentista destinada al Tercer Mundo. La Asistencia técnica así entendida no proporcionará un indoctrinamiento ideológico, aspecto relevante de los antiguos programas de formación militar, y el Pentágono seguirá dependiendo de las escuelas tradicionales y de las giras de orientación previstas para tal fin. Sin embargo, puesto que posiblemente dichos programas hayan alcanzado el límite de su eficacia, es posible que sean reducidos en el futuro. De ahí que el Pentágono, si bien se basa en los nuevos "mercenarios con cuello blanco" para suavizar los riesgos y contradicciones que circunscriben los antiguos programas, deberá abandonar algunos de los objetivos políticos inherentes a los programas tipo MAP. América Latina sigue planteando nuevos desafíos a Estados Unidos, obligando al Pentágono a adoptar nuevos mecanismos a fin de salvaguardar su posición dominante. Cabe esperar, no obstante, que, en la medida en que estos mecanismos susciten nuevas contradicciones, incitarán al Pentágono a reducir aún más su influencia en el hemisferio.

REFERENCIAS

1. Inforpress Centroamericana, Guatemala, No. 165, Octubre 30, 1975.
2. Ibid.
3. Edward Martin, Communist Subversion in the Western Hemisphere, *Department of State Bulletin*, March 11, 1963 and March 18, 1963.
4. Institute of International Education, *Military Assistance Training Programs of the U. S. Government*. New York: IIE, Committee on Educational Interchange Policy, Statement No. 18, July, 1964, p. 21.
5. U. S. House of Representatives, Committee on Foreign Affairs, *Reports of the Special Study Mission to Latin America on Military Assistance and Developmental Television*, 91st Cong., May 1, 1970, p. 11.
6. Herbert de Souza, *The World Capitalist System and Militarism in Latin America*. Toronto, Canada: Brazilian Studies, November, 1974, pp. 9-10.
7. Ibid., P. 17.
8. Citado en Miles Wolpin, *Military Aid and Counterrevolution in the Third World*. Lexington, Mass.: Lexington Books, D.C. Heath and Company, 1972, p. 112.
9. Entrevista con un sociólogo brasileño, Berkeley, Ca., Noviembre de 1975.
10. Edwin Lieuwen, *The Latin American Military*. Informe incorporado al U.S. Senate, Committee on Foreign Relations, Subcommittee on American Republics Affairs, *Survey of the Alliance for Progress*, Compilation of Studies and Hearings. Washington, D.C.: U.S. G. P. O., 1969, p. 113.
11. Para más información sobre la acción cívica, ver Willard F. Barber and C. Neal Ronning, *Internal Security and Military Power: Counter-insurgency and Civic Action in Latin America*. Ohio State University Press, 1966.
12. Luigi R. Einaudi and Alfred C. Stepan III, *Latin American Institutional Development: Changing Military Perspectives in Peru and Brazil*. Santa Monica: RAND, 1971, p. 123.
13. Lucian W. Pye, *Armies in the Process of Political Modernization*. *European Journal of Sociology*, Vol. 2, 1961, p. 84.
14. Lucian W. Pye, *Military Development in the New Countries*. Cambridge, Mass.: MIT Center for International Studies, 1962, p. 31 (mimeo)
15. Ibid.
16. Nelson A. Rockefeller, *Quality of Life in the Americas - Report of a Presidential Mission for the Western Hemisphere*, *Department of State Bulletin*, December 8, 1969, pp. 502-515.
17. Einaudi and Stepan (RAND), pp. 108-109.
18. Rockefeller, pp. 502-515.